

## 2 Discurso de orden por los 50 Años de la Universidad del Azuay

Francisco Salgado Arteaga,  
Rector de la Universidad del Azuay

*Querido Monseñor Luna: En el principio era la palabra y la palabra se hizo en ti, magia que nos elevaba con tus sermones al espacio infinito del amor y del espíritu. Tu palabra precisa, poética, que fluía con destreza y tonalidad altísimas, nos conmovía, nos enternecía y nos interpelaba en los tres minutos que subíamos contigo al prodigio del verbo, instante que bastaba para dejarnos el sabor de lo sublime y el valor de lo amado.*

Publicamos, hace poco, el primer tomo del libro “La Palabra de Monseñor Luna” para conmemorar –traer a la memoria- y recordar –volver al corazón- algunas de tus homilias, grabadas en los años dorados en que te tuvimos en tu cátedra, en tu catedral, como el querido Monse, el obispo cercano para todos. Cuando lo abramos en cualquiera de sus páginas, tu palabra volverá para recordarnos la incansabilidad del auténtico amor, la humanidad del auténtico hombre, que es barro vivo, barro alentado por el aliento del espíritu que ama y no se cansa de amar.

Y podremos decir contigo que el reino de los cielos es el amor en la comunidad, la

solidaridad en la esperanza, la visión en el trabajo. Y comprenderemos, cerrando los ojos, escuchando tu palabra, lo maravilloso de compartir, de saber que con amor en la olla crece el mote, que las almas se encuentran y caminan en la pasión de entregarse sin fatiga al servicio de los débiles, de los marginados, de los niños y de los pobres.

Al celebrar nuestro cincuentenario como Universidad del Azuay, como comunidad vital en la que fuiste nuestro Canciller, nuestro inolvidable profesor y amigo, nos llenamos de alegría, con la abundancia de tu amor y de tu palabra, para honrar tu memoria y tu recuerdo en el acto de exordio en esta sesión solemne, pues la Uni-

versidad requiere de tu verbo que esté presente cuestionándolo todo, alentándonos todo...

¿Qué es lo que celebramos hoy? Celebramos, sin duda, el valor de la comunidad y el milagro de compartir. Surgimos, en 1968, como una comunidad universitaria, el Instituto de Filosofía adscrito a la Universidad Católica Santiago de Guayaquil, con la decisión y el apoyo del Obispo de Cuenca, monseñor Serrano Abad, y pocos años después constituidos como sede en Cuenca de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, con la voluntad y la valentía de monseñor Ernesto Álvarez.

Allí estuvieron algunos de nuestros forjadores. Como recuerda Francisco Olmedo, vivieron un comienzo humilde, frágil, lleno de peripecias, de contingencias, de sorpresas, de incertidumbres, de controversias. La vida de la naciente comunidad estuvo en vilo. Los chicos Malos, Claudio y Hernán, iniciaron las acciones para acogernos a la PUCE, allí tuvimos el decisivo apoyo de valiosos personajes, junto con el rector Hernán Malo, su vicerrector Julio César Trujillo y quien entonces era todavía feliz e indocumentado, Enrique Ayala Mora, quien nos honra hoy con su presencia. Qué bueno constatar que ustedes, los de entonces, continúan manteniendo incólumes sus principios y su ética.

La naciente Universidad, no tuvo casa propia por muchos años. Se dio el milagro de que quienes la tenían, la compartieron con nosotros: primero en el Seminario en Monay, luego en los Colegios que los conocemos coloquialmente en Cuenca como el de las Marianitas y el de las Catalinas y luego en el Colegio Borja, en Pumapungo. Están aquí presentes el director del seminario y las superiores del Colegio Santa Mariana de Jesús y Rosa de Jesús Cordero, y el rector del Colegio Borja, quiero pedir que reconozcamos con gratitud el hospedaje que nos dieron para poder crecer y seguir.

Llegamos a este predio, en el que hoy florece nuestro campus, gracias a que tomamos el relevo de su obra educativa a la comunidad de Hermanas de La Asunción, su simiente ha crecido en tierra fértil, la Unidad Educativa La Asunción mantiene su nombre y sus principios, es ahora una comunidad vibrante de 3000 personas que continúan con entusiasmo el camino que ustedes iniciaron. Igualmente, están hoy con nosotros la Hermana Provincial y la Superiora, invitadas personalmente por Eliana Bojorque, nuestra rectora del Colegio, apreciamos mu-

cho su presencia y nos comprometemos para seguir, de cerca, con ustedes el carisma fundacional. Mil gracias por todo, con nuestro cariñoso aplauso.

Conjuntamente con el CEIAP, La Asunción y la Universidad, somos una comunidad de más de diez mil personas, desde las niñitas de dos años hasta las doctoras de la ley. Seguramente nuestros forjadores tienen en estos momentos lágrimas contenidas de alegría por todo el bien que sembraron a pesar de las adversas condiciones iniciales.

O a lo mejor, la comunidad ha florecido precisamente por esas condiciones. Gracias a María Elena, que investiga en la química de los productos naturales, conozco que las plantas que se desarrollan en condiciones inhóspitas -del páramo o del desierto- desarrollan principios bioactivos que les permiten sobrevivir y son esos principios que se busca elucidar, para determinar los compuestos químicos subyacentes, los cuales tienen perspectivas promisorias para desarrollar elementos que combatan a grandes males como el cáncer, por ejemplo.

Así surge una Universidad: como una comunidad que lucha, no como unas instalaciones o unos edificios sin alma.

Y precisamente pudimos acompañar en esos momentos de lucha a una Universidad que se volvió el símbolo de la resistencia por la autonomía en los últimos años en nuestro país: la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, cuyo rector, el querido amigo César Montaña Galarza nos acompaña hoy.

La autonomía no es una graciosa concesión de la burocracia estatal, sino la capacidad de hacer las cosas por nosotros mismos, de pensar con cabeza propia. La autonomía hay que ejercerla en la construcción de nuestra Universidad del Azuay como una comunidad de profesores, personal administrativo y estudiantes, que practican los valores del trabajo, respeto, pluralismo, honradez, libertad, equidad, solidaridad, honestidad, reciprocidad y la corresponsabilidad de acompañar y promover el aprendizaje para la graduación oportuna de los estudiantes, como los sembraron nuestros fundadores y los cultivamos hoy, con atención a los signos de los tiempos.

Hace quinientos años, Tomás Moro nos regalaba su creación cimera: la utopía. Desde entonces, esta palabra transformada

en categoría de análisis y en función social, representará, como ninguna otra, a generaciones enteras de hombres y mujeres, de escuelas de pensamiento y de acción, de movimientos sociales que, inspirados por un ideal, se aventurarán —como aquellos navegantes del Renacimiento— en los mares de cada época y lugar con el propósito de encontrar un nuevo mundo, una nueva sociedad, ... una nueva Universidad.

Y a esa aventura se encomendaron algunos jóvenes de finales de la década del sesenta e inicios de la del setenta, con la voluntad de constituir una nueva universidad en Cuenca, con los principios de apertura a las ideas, el respeto al pluralismo y la valoración de la diversidad. Allí estuvieron nuestros forjadores: Francisco Olmedo, Claudio Malo, Juan Cordero, Mario Jaramillo, Carlos Tapia y un poco después Dora Giordano y Luis Tonón. A esa pléyade se suman insignes maestros como Alberto Luna Tobar, Alejandro Serrano Aguilar y Edgar Rodas Andrade, de cuya mano y de tantos otros, se cumple la misión de la Universidad: formar ciudadanos capaces de transformar el mundo.

En estos cincuenta años de vida, la Universidad del Azuay ha contribuido para formar ciudadanos que se desempeñan con capacidad y entrega en diferentes áreas del actuar humano: tenemos el orgullo de contar como exalumnos a varios directivos de las más destacadas empresas, que han generado productividad y empleo, como Patricio Ortiz, aquí presente; un campeón olímpico, Jefferson Pérez, que con sus logros nos enseñó el valor del esfuerzo y la persistencia; destacados servidores públicos, entre los cuales me place destacar a las dos principales autoridades de nuestro Gobierno Provincial, Paúl Carrasco y María Cecilia Alvarado, quienes fueron Presidentes de la UDAFE, nuestra querida Federación de Estudiantes.

Hoy presentamos dos libros para conmemorar la Historia de la Universidad y las historias de los miembros de nuestra comunidad.

El primero es una preciosa reedición del libro “Universidad del Azuay: Nuestros primeros veinticinco años, Historia y Testimonio” escrita por el insigne cronista de Cuenca, Juan Cordero Ñíguez. Seguir las páginas de este libro, escritas por quien es al mismo tiempo el historiador y uno de los protagonistas de la historia, proporciona una grata y sorprendente lectura, que nos ofrece lecciones de valentía, tenacidad y sacrificio de muchas per-

sonas que estaban convencidas de que lo que hacían respondía a los mejores ideales del ser humano: servir a la educación, a la ciencia y a la cultura, dentro de los valores evangélicos que la iglesia latinoamericana supo comunicarnos a través de la Teología de la Liberación.

Como pone en la presentación de la primera edición el Canciller Luna:

“Conviene críticos de mérito en asegurar que la Universidad, en nuestros días denominada del Azuay, aunque naciera con el nombre que le prestó la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, declarándole su Sede en Cuenca, tuvo desde su origen nombre propio, personalidad y definición.

Esta precocidad histórica, jamás debida a forzamientos o improvisaciones, logró recabar la atención crítica de los comprometidos en el desarrollo nacional, a corto tiempo del inicio de su existencia y con tal real acento, que exigían unánimes un reconocimiento serio de su historia, para presentarla como exponente de una tarea comunitaria conseguida por parejo esfuerzo de docentes y discentes y como signo de la capacidad creadora que alienta y mantiene los valores fundamentales que hacen la cultura de los pueblos. Hubo Universidad desde el primer instante de la historia y, por eso, era exigente que esa historia la fueran componiendo de consuno el tiempo y el esfuerzo, los logros y problemas, los compromisos y las entregas de cada día. La Universidad debe vivir y hacer su historia.”

La historia y testimonio de Juan Cordero es una obra clave para conocer nuestros orígenes y proyectarnos al futuro.

Hoy presentamos también el libro 50 Historias, bellamente escrito –con mucha frescura, además– por el Profesor Matías Zibell. Como ponemos en su prólogo:

La historia de una universidad es ante todo la historia de su gente.

La comunidad universitaria no puede quedarse en un sujeto etéreo, lejano, al relatar las fechas más importantes, los obstáculos superados y los logros alcanzados en cinco décadas de la Uni-

versidad del Azuay; las mujeres y los hombres de esta comunidad son los verdaderos artífices de cada uno de los pasos andados.

Para la historia de nuestra Universidad se vuelve entonces tan importante hablar de la acreditación institucional como del orgullo tras aquella primera oferta de trabajo que recibió un profesor o un administrativo; la creación de una facultad nos parece tan destacable en este relato como el empeño de los estudiantes por graduarse de una de sus carreras.

Lo mismo ocurre en los momentos difíciles.

En cada esfuerzo emprendido por la comunidad para revertir una injusticia, o levantarse después de un golpe, encontramos la tenacidad de un conserje por superarse en su trabajo, la fortaleza de una secretaria que se coloca sobre los hombros una facultad entera y la capacidad de adaptación de un profesor que se sobrepone al cierre de su escuela y continúa enseñando, investigando, sirviendo a la sociedad.

Este libro busca reunir en sus páginas esas pequeñas hazañas, las decisiones que tomamos, los errores que cometimos y la forma en que nos reivindicamos en 50 años de vida universitaria.

Por eso, los invito a leer nuestras historias, a celebrarnos...

Un salto formidable se dio en el momento de la evolución en el que los animales desarrollaron sus ojos. Podríamos decir, metafóricamente, que ahora las computadoras tienen ojos. Facebook nos pregunta si deseamos etiquetar a un amigo, por ejemplo, identificándolo con su nombre en las fotos existentes en ese medio social. En el futuro cercano los algoritmos se transformarán profundamente. Podrán operar en un ambiente desconocido, resolviendo problemas muy diversos. Hoy tenemos software que escribe historias deportivas y noticias bursátiles, también algoritmos creadores de temas musicales. En algunas ciudades circulan taxis auto-dirigidos por las calles, y se entregan paquetes por medio de drones a domicilio.

Podríamos decir que lo que estamos viviendo hoy tiene sorprendentes similitudes en tamaño e implicaciones con la revolución científica que comenzó en el siglo XVI. Los descubrimientos de Copérnico y Galileo, que estimularon esa revolución científica, desafiaron toda nuestra comprensión del mundo y nos obligaron a repensar nuestro lugar como seres humanos.

Una vez que los métodos científicos se consagraron, utilizamos la ciencia y la razón como sinónimo del progreso, tanto que René Descartes cristalizó esta era de la razón en una frase: "Pienso, luego existo". En cierta forma, se decía que nuestra capacidad de 'pensar' era la que distinguía a los seres humanos de las otras especies en la tierra.

Podría argumentarse que la revolución tecnológica del siglo XXI es tan importante como la revolución científica, y está obligándonos a responder a una pregunta muy profunda -la que nunca hemos tenido que preguntarnos antes-: "¿Qué significa ser humano en la era de las máquinas inteligentes?"

En resumen: Si las máquinas pueden competir con la gente en el pensamiento, ¿qué nos hace únicos? ¿Y qué nos permitirá seguir creando? La respuesta podría estar en algo que las máquinas nunca tendrán: un corazón.

La diferencia estará en todo lo que el corazón puede hacer. Los seres humanos pueden amar, pueden tener compasión, pueden soñar. En lo que pueda crecer y florecer con amor, en la capacidad de multiplicar, en la magia del compartir: "... en la olla con amor crece el mote."

Los seres humanos pueden actuar también a partir del miedo y la ira, y causar daño, o desde un sentido superior, pueden actuar con inspiración y con virtud. Si bien las máquinas pueden operar entre ellas confiablemente, solo los seres humanos pueden construir profundas relaciones de confianza y reciprocidad.

Por lo tanto, nuestra auto-concepción más alta necesita complementar el "pienso, luego existo" con:

**"Me importa el otro, por lo tanto soy";**

**"Espero, por lo tanto existo";**

**"Imagino, por lo tanto soy".**

**"Soy ético, luego existo".**

**"Tengo principios, por lo tanto soy".**

**"Me detengo y reflexiono, por lo tanto existo".**

Siempre necesitaremos del trabajo manual y de la artesanía bella, y todavía seguiremos trabajando con máquinas para hacer cosas innovadoras. Lo que argumentamos es, simplemente, que la revolución tecnológica obligará a los seres humanos a crear más con los corazones y entre los corazones. Cuando las máquinas y el software controlan cada vez más nuestras vidas, la gente necesita cada vez de las interrelaciones humanas: todas las cosas que no puedes descargar del ciberespacio; pero que te ayudan a cargar las dificultades y buscar la felicidad junto a los otros.

Por eso elegimos poner, en nuestra comunidad universitaria, al ser humano y a la interrelación humana como el núcleo de nuestro ser y de nuestro actuar. Las máquinas pueden programarse para hacer bien una cosa. Pero sólo los seres humanos pueden hacer el bien.

De esta forma, concebimos a la Universidad como el espacio de encuentro para hacer el bien, para que juntos construyamos en la realidad la utopía de la plenitud de la vida. La Universidad es la sede de la razón y del corazón. Sede en la que surge, vive y se proyecta la comunidad, que es su esencia, en la que alienta el espíritu que le dio la luz primera.

Somos también parte de una comunidad mayor, la de la Universitas, institución humana con nueve siglos de historia. Para luchar por la autonomía, para ejercerla, debemos salir de los moldes que los controladores quieren, para proyectarnos hacia esta comunidad planetaria, rescatar sus raíces y significados, sus razones y sus símbolos, para aplicarlos a nuestra realidad concreta, aquí y ahora.

Por ello, en esta ceremonia, escucharemos el himno *Gaudeamus Igitur*, cantado por nuestro coro de la Universidad, que se lo escucha en ceremonias como ésta en los cinco continentes. El *Gaudeamus* nos invita a alegrarnos todos, a que la Universidad sea una fiesta, como lo fue el sábado 6 de octubre de 2018, en que una multitud entusiasta y orgullosa de sentirse parte de la Universidad del Azuay, desfiló por las calles de la ciudad que la vio nacer hace medio siglo.

Los grandes valores de la Universidad como institución humana, su sentido, su crítica y su prospectiva, las reflexionamos y discutimos juntos, como amigos que beben de la misma copa, en el Simposio Permanente Sobre la Universidad, que lo iniciamos hace veinte años con Alfonso Borrero Cabal, su inspirador, y que en nuestros días lo hemos retomado, fortalecido y renovado, como el espacio propicio para pensar la Universidad, para discurrir sobre la filosofía, sobre el arte de vivir, sobre nuestras misiones como comunidad universitaria para formar personas, desarrollar la ciencia, el arte y la cultura, y servir a la sociedad.

Desde nuestro origen como Universidad hace 50 años, la nuestra es una comunidad a la que le encantan los retos, los desafíos. Un barco está seguro en el puerto, pero para eso no se construyen los barcos, sino para navegar aún en los procelosos mares que abren maravillosas oportunidades.

Una Universidad con visión de futuro, que se enorgullece de lo que es ahora y de su historia, esforzándose en común unión de un ideal que nos convoca a mejores logros para estar en mejor capacidad de ha-



cer el bien, con profunda sensibilidad para los otros, para el ambiente, para la vida.

Seres humanos que tenemos la humildad de saber que nada sabemos, pero que tenemos la voluntad para tomar decisiones en medio de la incertidumbre. Un poquito de caos es necesario para que florezcan la creatividad y la innovación. La poesía surge en un ambiente de entera libertad y autonomía. Y junto con esa humildad, tenemos al mismo tiempo la audacia que nos permite aventurarnos al descubrimiento, a la oportunidad, a la reciprocidad, al amor, a la vida.

Personas que confían unas en otras, que creen en el hombre y en la comunidad, que pueden darse a plenitud hacia los otros, convencidos de que la felicidad se encuentra en los otros, en la relación con los otros, en el comunicarnos, en el interactuar que potencia nuestras capacidades, en el compartir que propicia la magia de lo que parece inalcanzable.

Hoy nos hemos encontrado en un campus florecido, como también lo está el campus La Trabana, la Casa de Servicio a la Sociedad, la Estación Científica El Gullán, la obra en ciernes del campus UDA Baños. Igualmente, un modelo educativo renovado, basado en nuestras raíces primigenias, las 28 carreras con propuestas que el lenguaje oficial las denomina proyectos innovadores, que no son sino la defensa de nuestro estilo propio más allá de los moldes y la nomenclatura, para captar la esencia de la vida universitaria en el quehacer del día a día.

El ambiente que vivimos le da un sentido de verdadera celebración a estos 50 años. No se trata solamente de todos los

actos que hemos realizado con el concurso de todos en este año jubilar, sino de realmente ver que estamos respirando una Universidad con un sentido nuevo, un sentido de futuro, inserta en el mundo y valorando lo que hicieron nuestros fundadores. No hubiéramos llegado a este punto si no fuera por ellos.

Apreciamos mucho, estimado Monseñor Marcos Pérez Caicedo, que haya venido, desde tempranas horas procedente de Riobamba, sede de la Asamblea de la Conferencia Episcopal, para presidir como Canciller hoy este acto conmemorativo, de esta su Universidad, con la huella luminosa de los antiguos obispos que fueron compañeros fundamentales de este viaje.

Quiero agradecer a quienes nos han enviado sus mensajes y a quienes nos entregarán reconocimientos institucionales en este día memorable. Un reconocimiento especial para el mensaje del Presidente Constitucional de la República, para los Acuerdos de la Asamblea Nacional, de la Arquidiócesis de Cuenca, de la Gobernación del Azuay, de la Prefectura del Azuay y de la Alcaldía de Cuenca. Reciban nuestra gratitud imperecedera y el compromiso de trabajar juntos por mejores días para la sociedad toda.

¡Qué viva la Universidad del Azuay!

¡Qué vivan las universidades fraternas que hoy nos acompañan!

¡Qué vivan los estudiantes!

¡Qué vivan los profesores!

¡Qué viva la academia!